

## VV.AA.: UN SIGLO DE CATOLICISMO SOCIAL EN EUROPA (1891-1991) (\*)

Esta obra colectiva ofrece una síntesis del movimiento social católico en un variado, representativo e importante conjunto de países de Europa (Alemania, Bélgica, España, Francia e Italia), y profundiza, en cuanto historia regional europea, en cada uno de ellos.

Es este un libro de obligado uso universitario, tanto por la bibliografía comentada, correspondiente a cada país, como por el índice de personas e instituciones que hicieron posible el movimiento social católico. Esta publicación ha sido el resultado del coloquio internacional desarrollado en la Universidad de Navarra los días 23 y 24 de abril de 1991 con ocasión del centenario de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII. Según el coordinador, doctor Antón M.<sup>a</sup> Pazos (director del Instituto de Historia de la Iglesia de dicha universidad), el punto de partida de los ponentes ha sido «considerar la historia de la Iglesia como historia europea». Ello supone estudiar unas realidades nacionales que, profundamente interconectadas, «contribuyeron fuertemente a fortalecer el tejido europeo desde planteamientos cristianos».

Varios, entre los seis historiadores de esta obra colectiva, dedican su primera atención a efectuar las debidas precisiones terminológicas y conceptuales. Algunas de ellas son las siguientes. No puede hablarse de un movimiento obrero (por añadidura de carácter revolucionario), sino de varios movimientos obreros. En segundo lugar, la historia del movimiento social católico es más amplia que la del movimiento obrero —a la que incluye— tanto en el tiempo como en las realizaciones. Es decir, por su carácter social, este movimiento refleja la historia sociopolítica de las naciones europeas en unas específicas y singulares coordenadas históricas. Por su carácter católico, es parte de la historia de la Iglesia. En tercer lugar, en cuanto movimiento estrictamente obrero o de clase surgido en la segunda etapa del catolicismo social-obrero, el obrerismo católico no puede identificarse ni reducirse a las obras que adoptan una actitud conflictiva, reivindicativa y de autodefensa. Valgan estas tres precisiones conceptuales para ejemplificar otras muchas realizadas por los autores.

---

(\*) Pamplona, EUNSA, 1993, x + 268 págs. Coordinador Antón M. Pazos.

El movimiento social católico, tratado de forma diacrónica, abarca un extenso período de 150 años. Hunde sus raíces en el denominado Antiguo Régimen. Existió antes que el marxismo y el anarquismo. Supera en realizaciones al socialismo utópico e incluso a los movimientos revolucionarios posteriores. Se articula muy pronto tanto teórica como prácticamente. Existía con fuerza en varios países varias décadas antes de la publicación de la encíclica *Rerum novarum* de León XIII, aunque, efectivamente, esta gran encíclica, que asombró a muchos de sus contemporáneos, incluso a personalidades opuestas a los principios sociales católicos, fue un punto de referencia obligado para el catolicismo-social en general, y supuso un formidable impulso de la acción social y obrerista cristiana, precisamente por generalizar la conciencia social entre —sobre todo— los católicos, con el consiguiente fruto de las realizaciones.

*Un siglo de catolicismo social en Europa (1891-1991)* muestra, la profunda interdependencia de los diferentes aspectos religiosos, sociales y políticos, cuyo desarrollo se inserta en el marco más amplio de las revoluciones demográfica, ideológica y de mentalidades —liberalismo y socialismo principalmente— y económica —revolución agraria, transformaciones comerciales y revoluciones industriales—.

Faltaba una obra de historia que como la presente centrarse de forma profunda y sintética la amplia producción literaria surgida con ocasión de la conmemoración de la *Rerum novarum*. Este libro destaca los grandes hitos del vasto y complejo movimiento social y efectúa una provechosa y clarificadora historia comparada. A pesar de la diferente estructura socioeconómica de los países citados, este estudio comparativo es posible debido a las profundas raíces católicas de estas naciones —a excepción del norte de Alemania— y porque, precisamente, el objeto de la investigación del movimiento social católico versa sobre la actitud, los planteamientos doctrinales y las realizaciones de los católicos ante los desafíos producidos por las revoluciones demográficas, agrarias y, sobre todo, industriales. De una u otra manera, este reto afectó a todos los países donde hubo católicos y cambios estructurales socioeconómicos más o menos profundos.

El movimiento social católico tiene, a la vez que peculiaridades regionales, un perfil similar en todos los países: confesionalidad, corporativismo (ni individualismo ni igualitarismo), defensa de la propiedad privada y colectiva, paternalismo (en el sentido de que los fundadores y protectores eran clérigos, nobles y empresarios católicos), carácter contrarrevolucionario y antiestatista,

interclasismo, carencia de espíritu reivindicativo (supuesto por cierto conformismo que sólo admitía la huelga pacífica de urgencia y hacía más hincapié en la caridad que en la justicia), predominio de los aspectos espirituales y asistenciales sobre la reivindicación laboral, pluralidad organizativa (mutuas, cooperativas..., sindicatos mixtos o —también— los algo tardíos sindicatos de clase), atención tanto al trabajador industrial como al agrario, cierto clericalismo (en el sentido de iniciativa y dirección, compartida o no, de los clérigos y del laicado como instrumento de la jerarquía), etc.

No obstante, de forma paulatina y no sin problemas, a finales del siglo XIX aparecieron organizaciones sindicales obreras de clase dirigidas por obreros; los sindicatos tendieron a politizarse (democracia cristiana); se planteó cuál era el grado admisible de intervención del Estado; se observa una paulatina pérdida del carácter confesional de los sindicatos de clase (que, por ejemplo, no aceptó Pío X) así como otros muchos aspectos que el lector puede fácilmente advertir.

Estas y otras interesantes cuestiones, insertas en la compleja evolución y circunstancia de cada país, pueden completarse a través de la amplia orientación bibliográfica, relativa a las cinco naciones citadas, incluida el final de cada trabajo.

A continuación expondremos, brevemente y sin ánimo de efectuar resumen alguno, los temas tratados en cada uno de los países citados.

ESPAÑA.—El movimiento obrero en España, durante algo más de un siglo (págs. 1-91), es estudiado por el doctor José Andrés-Gallego (CSIC) y el doctor Antón M.<sup>a</sup> Pazos (Universidad de Navarra). Dividen su estudio en cuatro densas partes.

En un país, como España, en el que la religión fue uno de sus pilares constitutivos, es obligada una proyección retrospectiva del movimiento social católico. Así, los autores observan que los planteamientos del movimiento obrero inicial no son nuevos. Esta labor retrospectiva abarca la estructura y cambios socioeconómicos introducidos tanto al margen como a raíz de la revolución liberal; las formulaciones teóricas relativas a la configuración política de la sociedad (*pactum traslationis*); y temas como la esclavitud, la limpieza de sangre, etc. Expuesto todo ello, se desarrollan las teorías y realizaciones del primer movimiento social católico que, según estos autores, fracasó. Vinculado a todos estos aspectos, se abordan varios temas de gran interés histórico y, en particular, para la historia de la teología. Se trata de los paulatinos descubrimientos de la teología del trabajo, la evolución del con-

cepto de propiedad privada, la función de los laicos en la sociedad, la paulatina sensibilización de los católicos sobre la urgencia de actuar en la defensa de su fe religiosa y el apostolado en el seno de la sociedad en la que vivían, etc.

La segunda fase del movimiento social-católico, entendida hasta la década de 1960, está cuajada de realizaciones, organizaciones (espirituales, morales, periodísticas, benéficas, mutualistas y laborales), sindicatos independientes (con dificultades en su aparición), y organizaciones de la Acción Católica (es decir, los denominados apostolados obreros) hasta su hundimiento en la década de 1960 y 1970.

FRANCIA.—El doctor Yves-Marie Hilaire (Université Charles de Gaulle, Lille III) (págs. 93-119) muestra una secuencia cronológica de los principales hitos del movimiento social católico en Francia. Los pioneros del catolicismo social, de pensamiento «precoz, brillante y diversificado», fueron obstaculizados y retardados en sus realizaciones prácticas. Así, es en Francia cuando más tempranamente (1834) se traza el programa del catolicismo social. La eclosión y desarrollo de las organizaciones católico-sociales se originó tras la publicación de la *Rerum novarum*, acogida generalmente de modo favorable por la jerarquía eclesiástica francesa. La potencia de este movimiento es patente en 1900, alcanza su apogeo en 1925, se mantiene de 1945 a 1965, y decae en adelante de forma paulatina. Una multitud de instituciones apostólicas, sociales y laborales cuajaron el apogeo del movimiento social y obrero en Francia.

ITALIA.—El doctor Luigi Trezzi (Università Cattolica del Sacro Cuore, Milán) (págs. 121-154) inicia su estudio mediante un elaborado análisis y crítica historiográfica. Muestra la evolución del catolicismo social a partir de la determinante y peculiar presencia e iniciativa del clero y de la parroquia. Dicha evolución abarca un amplio espacio de tiempo: desde las asociaciones mixtas e interclasistas hasta los sindicatos autónomos y modernos de clase. Las formas más relevantes durante esta época fueron la mutualidad, la cooperativa y el sindicato. Hasta 1906 la dirección del vasto movimiento social católico —alejado de la política debido a la decisión pontificia de evitar que los católicos cooperasen con el Estado italiano en cuanto usurpador de los Estados Pontificios— correspondió a la «Opera dei congressi», sustituida posteriormente por diferentes asociaciones laborales. Aunque la *Rerum novarum* no supuso una novedad absoluta, fue un «formidable instrumento de desarrollo del movimiento y una completa guía para la acción». Otro rasgo peculiar de Italia fue que la ope-

sición al liberalismo y al socialismo tenía como contrapartida el lado positivo de las realizaciones, «extremadamente empírico» éste y donde, debido al «predominio de la acción sobre la teoría (los católicos) actuaron con gran libertad» (pág. 143). Trezzi desarrolla el movimiento social católico hasta las actuaciones tanto de De Gasperi, quien deseaba el «primado de la política sobre la sociedad», como de Giulio Pastore, que aspiraba a reconducir el partido de la democracia cristiana a la sociedad, en pleno debate entre el sindicato, la democracia cristiana y el gobierno, efectuado posteriormente a la segunda guerra mundial.

BÉLGICA.—El doctor Emmanuel Gerard (Katholieke Universiteit Leuven) (págs. 155-194), destaca, como aspectos peculiares del catolicismo social en Bélgica, los notables frutos de este movimiento, el compromiso de innumerables laicos y eclesiásticos, la vasta red de las organizaciones y su desarrollo ininterrumpido hasta la actualidad.

Tras la explicación de los términos «catolicismo social», «democracia cristiana» y la identidad —en Bélgica— entre «católico» y «cristiano», se sitúa al movimiento social en el peculiar contexto belga referente a las relaciones entre Iglesia-Estado y a la industrialización. El estudio de la evolución del movimiento belga se efectúa de manera diacrónica. En la primera etapa (1830-1886), relativa a las obras de patronatos y caridad, el denominado ultramontanismo influyó de una forma singular. En la segunda (1886-1914), se manifiestan las diversas orientaciones del movimiento social y cómo el «esfuerzo en el terreno práctico es apoyado por una renovación intelectual»; también se muestra el floreciente y complejo entramado de las instituciones sociales así como la incipiente prolongación política de las obras sociales. Tras 1918, el movimiento social católico, floreciente, experimenta importantes cambios internos y, en consecuencia, de actuación (págs. 172-181). Este aspecto es llamativo y adquiere una singular importancia en la evolución del movimiento social católico. Con este motivo la división entre los católicos se agudiza. A este respecto, uno de los temas en discusión se concluye cuando «los obispos deciden que hay incompatibilidad entre Acción católica y política» (pág. 180). La última etapa diferenciada por el doctor Gerard es la posterior a 1944, cuando el movimiento social católico, potente, sobrepasó en número de miembros al obrerismo socialista (1950), se desconfesionaliza, y organiza con un gran éxito los sindicatos y las mutualidades. En resumen: pragmatismo y flexibilidad fueron las características dominantes del movimiento social católico —que tuvo un carácter integral— en Bélgica. A su vez, este mo-

vimiento fue un punto de apoyo para el partido católico. Creemos que estos aspectos, entre otros muchos, causarán cierta sorpresa a los lectores que reducen el movimiento obrero al obrerismo revolucionario.

**ALEMANIA.**—El doctor Konrad Reppen (Universidad de Bonn) (págs. 195-253) justificó ampliamente un elemento de la especificidad del catolicismo social en Alemania: el hecho de que sus realizaciones hayan sido muy tempranas y haya pervivido durante 150 largos años.

Antes de estudiar la vía católica específica de la industrialización, Reppen efectúa varias precisiones conceptuales, muestra el rápido desarrollo industrial de Alemania desde 1800 a 1990, así como los consiguientes cambios estructurales, y deja claro que «si hablamos de Alemania no podemos considerar el año 1891 como el momento crucial del catolicismo social». No en vano, el teólogo católico Franz Von Baader (1775-1841) se adelantó a Marx diez años en el estudio de la cuestión obrera (pág. 221). Las asociaciones de obreros se configuraron como fuertes organizaciones de masas y llegaron a la cima de su coherencia desde 1875 a 1930, de manera que, a comienzos del siglo xx, ascendieron a 805.000 socios frente al 1,1 millones de socios del Partido Socialdemócrata Alemán. El movimiento social católico abarcó todos los aspectos como el laboral, social, político, espiritual y cultural.

Todo ello fue posible gracias a importantes y tempranas figuras de la acción social católica: Kolping († 1865), Ketteler († 1877), Hitze († 1921), Brandts († 1914), Harmel, Müller, etc. Este catolicismo social no fue «sinónimo de la Iglesia de configuración jerárquica, sino que designa la configuración social de aquellos católicos que —normalmente por su propia responsabilidad y sin su encargo directo o indirecto de la Jerarquía—, por su propia vinculación interior a la Iglesia, actuaron en su entorno y en su tiempo» para mantener su especificidad católica, para frenar la omncompetencia del Estado liberal y para eliminar la miseria y abusos sociales (págs. 201-202). Puede destacarse también que el obrero y minero católicos «no se pierden para la Iglesia y para el ambiente católico, a diferencia de sus colegas protestantes» (pág. 219), y que el movimiento social católico no fue un movimiento de clase.

Reppen, en la última parte de su exposición central, narra los diferentes puntos de vista y debates internos en el seno del Episcopado alemán. Personalmente discrepo de ciertas interpretaciones y calificativos otorgados a la posición de los obispos Korum y Kropp, que tomaron parte activa en dicho debate. Por otra parte,

me pregunto, las patentes diferencias entre el movimiento social católico actual y el catolicismo social del pasado: ¿no suponen una verdadera transformación de la naturaleza de este movimiento más que, tal y como mantiene el autor, una discontinuidad aguda?

El lector de *Un siglo de catolicismo social en Europa* advertirá, sin duda, estas y otras muchas sugerencias y aportaciones contenidas en una obra densa y amena, breve y profunda, y que ofrece simultáneamente una perspectiva general y especializada. Este libro y el coloquio que le dio origen eran necesarios para superar tanto los silencios de ciertas escuelas historiográficas acerca del movimiento social católico —silencios originados por diferentes razones o sinrazones—, como las consiguientes ignorancias generalizadas entre los estudiantes preuniversitarios y universitarios, los postuniversitarios (transmisores, de múltiples maneras, de cultura y ciencia) y buena parte de los ámbitos culturales y del gran público de nuestros días. Los abundantes estudios sobre la cuestión social católica, impulsados en 1991, han roto el hielo del silencio, e incluso el silencio del ostracismo, y han abierto nuevas perspectivas no sólo historiográficas sino también humanísticas en cuanto conocimiento y formación para la vida.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN.

### G. Kepel: LA REVANCHA DE DIOS (\*)

Con este sugestivo título, el autor —investigador de CNRS y profesor del Instituto de Estudios políticos de París, especializado en sociología del Oriente Medio—, aborda un problema capital hoy en el mundo, la situación del hombre moderno ante el hecho religioso que no sólo afecta a lo cultural sino más aún a lo existencial.

Antes de seguir, y para el lector católico, conviene recordar lo que dice la *Redemptor hominis* al respecto: «La Iglesia, como sociedad humana, puede sin duda también ser examinada según las categorías de las que se sirven las ciencias en sus relaciones hacia cualquier tipo de sociedad. Pero esas categorías no son suficientes... No se trata solo de una específica *pertenencia social*, sino que es más bien esencial, para cada uno y para todos, una concreta *vocación*» (IV, 21). Es decir, un llamamiento divino que

(\*) GILLES KEPEL: «La revancha de Dios (Cristianos, judíos y musulmanes a la reconquista del mundo)», Anaya & Mario Muchnik, 1991, 283 páginas más índice y bibliografía.